



"Sabido es que los aztecos, sin ser propiamente caníbales, tenían la costumbre de celebrar sus victorias devorando vivos a los prisioneros. Costumbraban apropiar de este modo del valor, la fuerza y demás virtudes guerreras de sus víctimas". ¡Dioses! pues, no lo sabíamos, hay que confesarlo. Menados aztecos que nos espican ahora muchas cosas...

Toda vez que se lee historia y sobre todo historia de Chile —leamos poco de ella, también hay que reconocerlo— se descubre bien cosas, algunas inconclusas, algunas peregrinas. Por ejemplo, no muchos saben que el abuelo de Lord Byron estuvo en Chile y escribió sobre las tertulias de la época. Tampoco saben que el Padre Lacunza, desentado, escribió una "interpretación" literaria del Apocalipsis, libro que, tras ducido al latín, inglés e italiano no pasó a Roma, la cual lo puso en el Index. Lo exponen otros pontificados europeos y basados en sus doctrinas "fundaron" una secta religiosa que aún perdura en Inglaterra, USA, Alemania y Francia... ¿Y saben que hubo ya un leonista en aquel siglo, D. Ramon Rodrigo González, Obispo de Santiago, león bonito, león fustrado, que acompañó a D. Pedro de Valdivia, y a quien "viejos indios acusaron de haber enseñado a leer a Inés Suárez (Suárez C. insiste siempre la puerilidad "de" sin explicar por qué), acción viciosa en aquel tiempo por que se atribuía a la instrucción leonista perniciosas consecuencias?"

También se va descubriendo cómo, a medida que aparecen nuevas generaciones de historiadores, la interpretación de los hechos del pasado va cambiando, particularmente respecto de la objetividad sobre ellos, hoy con-

siderablemente desarrollada, tanto por el bagaje mayor de cultura, como por la distancia en el tiempo que permite mirar, equilibrar, relacionar sin "compromiso".

Eduardo Solar Correa es un escritor de muchísima seriedad. Sin embargo, la parte de este ensayo histórico (1) que más atrae es la de la Conquista, tema en cuyo desarrollo pone real vigor en la forma. Posee también otra virtud valiosa en alto grado: el poder de estados que le permite en cinco o seis páginas presentar una imagen muy completa de las características fundamentales de la Colonia chilena. Durante y después de la independencia se creó una imagen bastante sombría de esa Colonia, a la que se atribuían los prejuicios políticos y religiosos del siglo XIX, "hasta el punto de no distinguir sino una sola indome e indocilizar los muchos grs".

Para comenzar, renueva Solar aquí el recuerdo que en los tiempos de nuestro siglo ha venido creando respecto de aquellos españoles que se aventuraron por estas tierras, tan justamente llamados "los cabos del mundo". El

consejo de aquellos hombres para venir a enfrentar no sólo al indio más bravo y fiero sino a "una naturaleza grandiosa y hostil" dirían que, literariamente, deja con la boca abierta. Sus métodos de comunicación con el mundo que dejaban atrás eran rudos; sus percepciones de guerra no precisaban ser modelos de modernidad. Bien lo expresa Solar al decir: "Tres hombres de bien, Pedro de Valdivia, Francisco de Villagra y don García Hurtado de Mendoza fueron precisos para tamaña empresa, y sólo sus milagros de energía humana pudo llevarla a cabo con tan cortos medios". Porque, por muy aventureros que estos hombres fueran, sin el respaldo de una intrepidez casi suicida, no hubieran podido realizar la empresa que realizaron: "sin caminos para cabalgaduras (...) con arcabuces indios en la mayor parte de los casos; sellos que cubren a cuerpo en que la lluvia o delgada boia de Toledo debían barrer con diez o veinte sencillos "mascas" grandes y pesados como troncos. Si venían, a pocos palmos de allí se perdían otra tribu en armas (...) si con venidos experimentados algo peor: una muerte lenta, ator, verdadero suplicio danzaco".

La imagen de Francisco de Aguirre con la mano agrietada apretando la lanza de que se valió durante todo un día de pelea, muestra la vida de aquellos hombres, "nos dice la rica tradición a que estuvieron sometidos sus nervios y su voluntad de vencer y de vivir".

Con todo, miremos la otra parte. Los pueblos nativos, los de que se tiene memoria, no han aceptado la invasión y conquista de sus territorios. El odio hacia el invasor es uno de los más fuertes que existen, y mucho más cuando su presencia no es el resultado de una guerra sino del saqueo. Ignoramos si Solar Correa tuvo algún prejuicio antindio. Dada su seriedad, es seguro que no; pero acaso descubrió profundas incongruencias en la situación del indio. En la página 102 nos informa que "sólo o casi todos los escritores de alguna entidad (...) fueron españoles o descendientes de españoles. El indio y el mestizo —el mestizo de primera generación— fueron, en cambio, a la amoralidad e insensibilidad (...) un absoluto desprecio por todo esfuerzo espectacular". Pensemos, ¿quería el indio tomar nada de quien lo saqueaba? Cuanto al mestizo, sabido es que su situación es la

peor de todas: odia, por partes iguales, al blanco y al indio (existen en México escritos tempranos sobre la psicología del mestizo, que confirman el asunto). Certo es que en la pág. 112 vemos que ya en 1700 se fundó en Chillán un colegio para los indios, regentado por jesuitas y luego por franciscanos, cuyo costo se relevaba a la Universidad de San Felipe. Sus frutos fueron magros. La razón, insistimos, es el odio al invasor. Los pueblos indígenas de cultura más avanzada demuestran que terminan por dudar a sí mismos. No olvidemos además que había aquí, entre el Maule y Río Bueno, un millón de indios, según Thayer Ojeda, cuya única ocupación era la guerra. No se cambia el carácter físico de la noche a la mañana, menos el muy primitivo.

Pero entremos a la Colonia, aunque no puede decirse que la Conquista estuviera terminada. De verdad, los indios no cenan en cuatro siglos. Después de Valdivia con todas sus remesas viciadas, y de Villagra, llega a Chile "el imberbe" don García Hurtado de Mendoza, "con un hacedo séquito de hombres capitanes, letrados, monjes y jóvenes hijodalgo". Vienen con él don Alonso de Eñiza, ex jefe de Felipe II, Pedro López de Legazpi, noble alemán, y Francisco Irujo, un ambro a su vez expulso de Carlos V. Venían también varios de sus españoles "que mejoraron las condiciones de vida". Este fausto fue pasajero. La guerra con los aborígenes terminaba por absorber el tiempo, las mentes y los bienes. Así, "en la zona que D. Alonso de Eñiza había de escribir muchas de sus crónicas en tiras de cuero u otros elementos". Como sea, y pese a las brutalidades que toda guerra lleva en sí, este siglo de la primera Colonia es moralmente superior al que le sigue, cuya relación se extendió por la sociedad entera, incluido, y de modo notorio, el clero. Cabe aquí una digresión. Muchas veces hemos tratado de poner las contradicciones comportamentales de la Iglesia en la vida de los pueblos. Nadie osaría negar al clero su decisivo papel en la conservación de los valores culturales de la humanidad, no menos que en la difusión de sus conocimientos. Allí donde reinaba la analfabetización acudieron siempre a poner su esfuerzo y su voluntad por erradicarla. En la América Latina todos los primeros cronistas de cultura los son débiles, sin excepción. Y bien, esta generosa preocupación por los traer se detiene de golpe en cuan-

to se trata de imponer nuevos conocimientos que no tengan origen más o menos divino. La historia es larga en hechos, desde Guillot hasta la actual planificación de la familia. A la larga siempre y también sin excepción han debido ir codicando, sea acomodando las Escrituras, sea en franca renovación de sus doctrinas, o sea, como afirman algunos, en aras de un interés no espiritual, que son cuestiones. Nuestra intención de comprender no ha tenido éxito. Pero seguimos.

A Solar, aquella época le recuerda al renacimiento italiano "en lo que tuvo de desordenado y desordenado", nacido de la mezcla de una "sociedad indome con una cultura superior y de tres planes". La figuración de esta época es sin duda la Quintrala, miembro de la más alta aristocracia criolla. Cuanto al clero, dice Miguel L. Amunátegui, que andaban "insensiblemente y dirigiéndose muchas patuladas (sic), arrojándose y pateándose unos a otros". Otro detalle curioso es que hasta mediados del siglo existió una absoluta separación entre españoles y criollos; había leyes "que prohibían cualquier linaje de parentesco entre los altos funcionarios peninsulares y sus súbditos nativos", leyes que las nuevas y "radicales" constituciones hicieron desaparecer. En fin, ciertos germinales flares de "guerras" "dieron en iniciar los intrincados primados familiares". No sabemos, pues, aquí acurados de los hippies. Puede notarse, sin embargo, que así que bien, la intención era de fundar las Universidades Pontificias. Como a escritores, aparecen los dos primeros y únicos de ese siglo de que vale hacer mención: Alonso de Ovalle y Francisco Pineda y Bascuñán. No es mucho, en verdad.

Sobre la tercera Colonia, el autor se extiende principalmente en la interacción. Hubo un famoso Colegio Gaspar de Salazar donde se formó "la flor y nata de la juventud" que más tarde haría la revolución de la Independencia. Allí había que atender a los alumnos "con amor y benevolencia", regaba el estanco, lo que no impedía que "las culpas de mayor consideración se reprendieran a los menores y que no curasen torbellinos, con amor, a los mayores y tristes, con odio".

Algo más florece en este siglo XVIII la literatura. Hay poetas y se cultiva la poesía representativa. Así un padre dominico llamado López, queriendo saber a sus enemigos, escribe la significación de algunos quintos.

Tres cuartos para los tres ha dado el río venoso, y la que me abisma es, que siendo relos tratos de cuartos sin interés.

Muchísimo más puede explicarse en este libro que, como todos los de su autor, se lee con atención sostenida. Excelente corrector y muy acendrada personalidad, se lamentará siempre su prematura desaparición.

(1) "Los Tres Colonias", ensayo de E. Solar Correa, editado por E. Solar Correa, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, segunda edición 1978.

# Desde el pasado [artículo] M.C.G.

Libros y documentos

## AUTORÍA

M. C. G.

## FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

## FORMATO

Artículo

## DATOS DE PUBLICACIÓN

Desde el pasado [artículo] M.C.G.

## FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

## UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile